

LA CALLE

DIARIO DE UN ESPECTADOR

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Cancha y micrófono



Fernando Marcos creía en el destino. Y creía en un hado adverso a los equipos mexicanos participantes en los certámenes internacionales de futbol, el deporte-estertáculo al que permaneció ligado durante casi tanto tiempo como dominó el PRI la política en nuestro país. Uno lo oía no sólo dolerse sino deplorar y aún increpar al cielo cuando el trallazo de un delantero mexicano daba en el poste: "¡¿Por qué nos tiene que pasar siempre esto?!", exclamaba entre rabioso y reprochón.

Pero no sólo editorializaba, con comentarios sobre el acontecer en la cancha. Cuando desplegaba su sabiduría futbolera, era capaz de adivinar que concluiría en gol un movimiento que se gestaba desde la media cancha. Se diría que lo narraba con anticipación, así de preciso era su cálculo sobre el hacer de los jugadores y la estrategia de quienes los manejaban. Y es que antes de tomar el micrófono había corrido sobre el césped, y se había tronado los dedos y desgañitado al borde de la línea de toque cuando sus muchachos no actuaban como se había previsto que lo hicieran.

Marcos fue un típico hijo de "la Colonia", como se llamaba en la ciudad de México a la comunidad española, cuyo grueso llegó a México a finales del siglo XIX y principios del XX. A diferencia del exilio republicano, que llegó después de 1939 expulsado por causas políticas, los inmigrantes de aquel entonces vinieron a nuestro país por razones económicas. Vinieron pobres, y a trabajar duro. Ese fue el caso de Egidio Marcos y Filomena González. Su hijo Fernando entró en la escuela normal, para ser maestro. Pero el llamado de las canchas fue más fuerte que el de las aulas.

Los españoles habían creado su propio mundo futbolero, y allí empezó la carrera del joven driblador: en el Alemania primero, en el España (campeón de la Liga Mayor) después. Y finalmente en el Asturias, tradicional adversario del anterior, del que sería entrenador una década después, hacia 1948.

Quizá jugando o entrenando en ese equipo adquirió Marcos la conciencia del azar, del infortunio. Cuenta Carlos Calderón Cardoso que el Asturias era "un equipo con mala fortuna, que con frecuencia perdía juegos, y hasta campeonatos, en el último minuto". De las hazañas del Asturias daba cuenta en El Nacional un cronista deportivo fuera de serie, que se firmaba "Pioquinto" y que años después, ya con su nombre de Francisco Martínez de la Vega, ganaría merecido reconocimiento general por su periodismo político.

Martínez de la Vega y Marcos convivirían décadas más tarde en la revista Siempre, cada uno en lo suyo: la política don Paco, donde Fernando en el futbol (porque era menos afortunado al expresar sus opiniones políticas, casi siempre sumarias y por lo mismo insuficientemente explicadas).

En 1937 Marcos se convirtió en árbitro, y presidió la asociación nacional de los silbantes, los "nazarenos" como los llama la crónica deportiva, quizás imaginándolos crucificados y coronados por las espinas de la incomprendición popular. Y dos años más tarde tomó el micrófono en la naciente XEAI, que luego fue Radio Variedades. Así comenzó la fase definitiva de su amorosa y tensa (como si hubiera lo uno sin lo otro) relación con el futbol, todavía completada en los años siguientes con su papel de director técnico de varios equipos, incluida la selección nacional.

Dueño de una notable habilidad narrativa, de la radio pasó Marcos naturalmente a la televisión. Y en Telesistema primero y en Televisa después perseveró largamente. Hasta que aprovechó las condiciones de la competencia creada por la televisión pública y pasó al Canal 13, cuando fue gubernamental. Sus oyentes de los últimos días sintonizaban sus comentarios en Radio Fórmula, donde hizo pareja con Jacobo Morett en diálogos políticos que hacían añorar al cronista futbolero.